



Dossier: Serie Años Cruciales

Presentación. Lucas Rebagliati autor de 1776

Lucas Rebagliati

*Instituto Dr. Emilio Ravignani - Facultad de Filosofía y Letras -
Universidad de Buenos Aires / CONICET*

lucasrebagliati@gmail.com

Fecha de recepción: 05/05/2025

Fecha de aprobación: 08/05/2025

Yo fui uno de los primeros “envenenados” por Ernesto Bohoslavsky, a quien agradezco una vez más por haberme invitado a formar parte de la serie *Años cruciales* junto con colegas tan destacados a quienes admiro y respeto. Ernesto: creo que cuando vos me invitaste a participar de la colección yo te respondí que sí bastante rápido. Si bien la iniciativa me sorprendió, hubo algo que me atrajo de inmediato, que me resultó interesante y era la posibilidad de hacer la historia de un año y de escribir un libro que estuviera dirigido a un público no especializado, a un público amplio.

La consigna de acortar el tiempo y ampliar la mirada era algo novedoso para mí. Estaba claro que, si se iba a hablar de un año en particular, el autor —en este caso yo— debía incluir o abarcar en el relato aspectos políticos, sociales, económicos y culturales. Y este acortar el tiempo, pero ampliar la mirada era lo contrario a lo que yo venía haciendo desde hace dieciocho años, cuando

empecé a investigar. En general, cuando uno se inicia en la investigación, el método empleado es el inverso, es acotar lo máximo posible un problema de investigación, acortarlo y recortarlo casi a su mínima expresión. Y luego ampliar el marco temporal para dilucidar cómo ese objeto de estudio específico va cambiando a lo largo de los años. Escribir 1776, en cambio, implicaba dar cuenta de un período o una unidad temporal muy corta, pero haciendo una especie de historia integral o una historia total como la pensaba Eric Hobsbawm. Hacer eso me pareció interesante porque implicaba salir de la zona de *comfort* en la que uno se mueve habitualmente. Por eso acepté rápidamente la oferta de Ernesto.

¿Cuál es esta zona de *comfort*? A los historiadores a veces nos incomodan las preguntas de alguien que no pertenece a nuestro gremio. Cuando familiares, vecinos, conocidos o amigos nos hacen alguna pregunta sobre cualquier tema histórico con el cual no estamos familiarizados e informados, nos enoja que la sociedad crea que sabemos todo, que tenemos respuestas para cualquier pregunta. Entonces muchas veces nos escudamos bajo el paraguas de la especialización. Decimos “no soy especialista en el tema, yo investigo otras cosas”, o “deberías preguntarle a tal historiador, o leer tal o cual libro, que es la referencia más conocida sobre ese tema”. Pongo un ejemplo ilustrativo. En mi caso personal, yo investigo hace varios años cómo funcionaba la justicia en las últimas décadas del período colonial en Buenos Aires. Ahora, si me preguntan sobre cómo era o cómo funcionaba la justicia en la misma época en Córdoba yo a modo reflejo digo, “yo la investigué en Buenos Aires”, si quieren saber qué pasaba con la administración de justicia pueden leer el excelente libro de Alejandro Agüero al respecto. Ahora bien, si me preguntan “¿cómo era la economía de Buenos Aires en esa época?”, mi respuesta tranquilamente puede ser: “no sé, yo estudié la justicia, deberías consultar a un historiador especialista en historia económica”. Es la misma sociedad, es la misma época, pero como no se inscribe dentro del área de estudios que uno transita habitualmente, uno se escuda en la excusa de que no es especialista para no responder. Incluso si me interrogan acerca de la Real Audiencia de Buenos Aires a fines del siglo XVIII puedo responder: “ah no, yo estudié la justicia de primera instancia”. Y si me preguntan “¿cómo eran los jueces de esa época, los alcaldes del Cabildo de Buenos Aires?”, yo puedo alegar que yo investigué a los Defensores de pobres, de los jueces se encargó Magdalena Candiotti.

Ahora sí, sobre los Defensores de pobres del cabildo de Buenos Aires a fines de la época colonial sé todo o casi todo, les dediqué horas, días y años de mi vida. Sé sus nombres, fecha de nacimiento, ocupación, estado civil, cuántos hijos tuvieron, cuándo desempeñaron el cargo, cómo desempeñaron el cargo, cuántos bienes tenían al momento de fallecer, sus vínculos sociales, sus posicionamientos políticos, etcétera. La hiperespecialización es un rasgo actual del campo académico y muchas veces ha sido pensada como un paso necesario para la profesionalización de la disciplina. Coincido con esta apreciación y creo que esta tendencia ha permitido desmontar muchas ideas preconcebidas y mitos de nuestra historia. Pero creo también que a veces nos ha hecho perder una visión de conjunto del pasado. La docencia a veces funciona como un remedio contra esta hiperespecialización. Porque muchas veces tenemos que dar clases sobre temas que no investigamos. Y a mí me pareció que la posibilidad de participar de esta colección en calidad de autor de uno de los tomos también podía ser un remedio formidable contra la especialización excesiva. En mi caso en particular tuve que leer acerca de temas sobre los cuales pensé que jamás iba a tener que leer y hacer un ejercicio de visitar áreas y aprender sobre asuntos en los cuales no soy especialista.

Por supuesto, también cuando acepté, como siempre que emprendo alguna tarea, hice un cálculo de cuánto tiempo me iba a llevar esto y... no sé si a ustedes les pasa, pero en mi caso el cálculo siempre es equivocado. No ha habido una sola vez que yo diga: “bueno, esto me va a llevar tanto tiempo” y que lo haya podido hacer en ese lapso. 1776 no fue la excepción, el libro me llevó más tiempo de lo que yo pensaba. La otra cuestión, el tema de escribir para un público no especializado, también fue un desafío significativo. En mi época de estudiante la divulgación no era considerada importante en la comunidad de historiadores profesionales. En consecuencia, el modo de escritura tampoco era problematizado ni pensado. La consolidación y profesionalización de la disciplina ocurría puertas adentro, en un lenguaje cada vez más técnico. Metafóricamente hablando somos hijos y nietos de Halperín Donghi, dado el lugar que alcanzó como referente de la historiografía académica argentina post 1983. Y justamente la prosa halperiniana es muy particular e intrincada, poco atrayente para un público amplio. El fenómeno Felipe Pigna y las iniciales y hostiles respuestas que recibió por parte de algunos historiadores profesionales luego dio lugar a la idea de que la historia académica debía amigarse con la sociedad. Y hubo iniciativas muy logradas

por tratar de conectar los avances historiográficos con los intereses de la gente, como por ejemplo la colección *Nudos de la Historia argentina* que dirigió Jorge Gelman. Pero una escritura amigable y atrayente, un lenguaje sencillo y entendible, exento de academicismos, pero al mismo tiempo no reduccionista ni simplista, nos sigue costando a los investigadores. Recibimos escasa formación sobre este problema puntual. Este aspecto era central a la hora de abordar la escritura de 1776 y fue todo un desafío para mí.

De los dos caminos de los que ha hablado Ernesto en su presentación de la colección, yo creo que estoy encuadrado en el camino de utilizar el año como excusa para hablar de temas más amplios. El libro es una síntesis de muchos temas y problemas generales. La gran disyuntiva era cómo hacer un libro de síntesis tomando prestadas ideas de muchos autores, pero sin poder citarlos en notas al pie de página, que era un pedido expreso que nos había hecho Ernesto. Ese problema lo resolví nombrando a algunos autores y a algunas autoras (no todos ni todas) en el cuerpo del texto. Por un momento había tenido la idea de hacer un relato despojado completamente de menciones a autores y autoras. Pero debo confesar que no me animé y terminé tomando el camino más conservador, cubriéndome las espaldas. Esto tiene un lado positivo y es que el libro puede funcionar como una buena guía para profundizar algunos de los numerosos temas que se abordan.

Aparte de estos desafíos se sumó otro y es que a la semana de haber empezado la escritura del libro estalló la pandemia y eso implicó que las bibliotecas y los archivos tuvieran que permanecer cerrados por un buen tiempo. En consecuencia, el libro tuvo que realizarse con mi biblioteca personal, con los préstamos de libros de amigos y colegas y con la enorme producción historiográfica que está disponible en internet (*papers* y tesis doctorales). Hace veinte o veinticinco años dudo que hubiera podido escribir este libro en estas condiciones. Pero, más allá de haber podido solucionar el acceso a los materiales con los cuales hacer el libro, había otra cuestión no menor a resolver. En mi caso particular, como muchos mortales, yo trabajo cuando mi hijo y mi hija están en el colegio. Y de repente, durante un año y medio, por una cuestión de prevención epidemiológica entendible, las instituciones educativas permanecieron cerradas para los y las estudiantes. Esta situación particular requirió de mucho ingenio a la hora de encontrar tiempo para la escritura.

En cuanto a las decisiones que tuve que tomar a la hora de escribir la historia de este año, me parecía que había algo distintivo en el año 1776 y es el hecho de que no está tan claro, tan instalado en el sentido común, de que sea un año crucial o decisivo en la historia argentina. Está claro que 1810 y 1983 lo son. Podría citar un montón de años que claramente fueron decisivos y que en el imaginario colectivo son concebidos como tales. En cambio, cuando algunos conocidos vieron la portada del libro 1776, me preguntaron: “¿qué pasó ese año? ¿se creó el virreinato? ¡Ya sé! La independencia de Estados Unidos”. Por eso es que, al escribir 1776, fue necesario desplegar múltiples argumentos para fundamentar porque fue un año crucial.

Después hubo otra dificultad adicional, referida a la imposibilidad de realizar una historia del tiempo corto de ese año. Me resultó imposible hilar un relato cronológico o narrativo sobre cómo las diversas coyunturas iban cambiando con el paso de los meses. Acá el contrapunto con 1810 es brutal. Sobre 1810 sabemos día a día cómo se van sucediendo los acontecimientos, y la famosa “semana de Mayo” —que ciertas generaciones se saben de memoria— es la prueba más palpable de ello. La existencia de la prensa permite una reconstrucción minuciosa de los cambios de coyuntura. Pero en 1776 yo encontraba que estaban pasando cosas en distintos momentos y en distintos lugares que en apariencia no estaban conectadas, pero que años e incluso décadas más tarde iban a terminar impactando en lo que va a ser el territorio argentino. Acontecimientos distantes que terminaban enlazados y retroalimentándose entre sí. Por eso, por momentos el libro se vuelve no la historia de un año, sino la historia de una época, un tiempo histórico caracterizado por guerras, reformas y revoluciones (de ahí el origen del subtítulo). Y por eso mismo también el relato se desenvuelve en múltiples escalas. Yendo de mayor a menor. La escala más grande sería una escala atlántica, mostrando lo que pasa a ambos lados del océano y cómo los acontecimientos ocurridos en Europa Occidental impactan en América y viceversa. En segundo lugar, el marco de referencia ha sido el continente americano, sobre todo los dominios hispanoamericanos por razones obvias. El tercer marco espacial del libro es el Virreinato del Río de la Plata. Por último, el futuro territorio argentino, escala que podríamos llamar muy entre comillas “nacional”.

Las particularidades del año 1776 y sobre todo las decisiones que fui tomando al escribir dieron como resultado que el libro terminó siendo una especie de *collage* o rompecabezas donde están puestas sobre una mesa en forma desordenada distintas imágenes sobre lo que está sucedien-

do en ese año. Y el lector puede elegir por donde lo empieza a armar. Por eso creo que el capítulo 2 puede leerse sin haber leído el capítulo 1, o el capítulo 3 sin haber leído el capítulo 2.

¿Cuál puede ser considerado el aporte de este libro? ¿Dónde puede verse mi impronta personal en el relato de este año? Por supuesto, estas son preguntas que tienen que responder los lectores, pero al menos puedo decir cuál intenté que fuera mi aporte original. En primer lugar, hice un esfuerzo muy grande por hacer dialogar historiografías que muchas veces corren por carriles separados. Por ejemplo, sobre fronteras o sobre comunidades indígenas, desde fines de la década de la década del ochenta existe un desarrollo historiográfico notable, pero muy pocas veces esos nuevos conocimientos se integran en un relato general del período. Lo mismo también pasa con la historiografía dedicada a africanos, africanas y afrodescendientes. Entonces, mi intención fue poner en diálogo estas historiografías. Enlazar e integrar aportes de la nueva historia política, la historia económica, la historia del trabajo, la historia cultural, incluso la historia del derecho. En segundo término, creo que 1776 es una historia muy social de ese año. No sólo porque el capítulo sobre la sociedad fue con el que me sentí más a gusto, sino porque —como planteo en las *Conclusiones*— la valoración o la comprensión sobre lo que fue este año depende de la mirada o del grupo social del cual estemos hablando.

¿Fue positiva o negativa para la región la creación del Virreinato del Río de la Plata? La pregunta que inmediatamente debemos hacernos para intentar responder esta cuestión es: ¿para quién? Está claro que ese hecho político trascendental benefició a los comerciantes mayoristas que se asentaban voluntariamente en Buenos Aires o en diversas ciudades del interior buscando amasar fortunas. Pero dudo que haya sido una noticia muy grata para los miles de esclavos y esclavas que empezaron a ingresar forzosamente por el puerto de Buenos Aires como nunca antes. O para los campesinos santiagueños que migraban hacia el litoral escapando de la pobreza. O para los peones de la campaña bonaerense que perseguidos por ser —en teoría— “vagos y malentretenidos”, eran encerrados en los calabozos del Cabildo donde, hacinados, experimentaban hambre, frío y enfermedades. Esta es mi mirada sobre ese año.